

Trabajadoras metalúrgicas en la resistencia peronista. Una mirada a partir de una fábrica: Philips Argentina, 1955-1958

DARÍO DAWYD*

INTRODUCCIÓN

En este capítulo abordaremos las relaciones de género en la resistencia peronista desde el mundo fabril. Lo haremos a partir de uno de los sectores industriales más dinámicos, el metalúrgico, y de una de las fábricas más importantes instaladas en la ciudad de Buenos Aires, Philips Argentina. El primer objetivo es reconstruir desde una fábrica la participación femenina en la resistencia a la dictadura autodenominada “Revolución Libertadora” y analizar los diversos espacios de resistencia y el lugar de las mujeres trabajadoras en las respuestas a los avances del autoritarismo político y laboral. En segundo lugar nos preguntamos por los cambios del relato de la resistencia al incluir a las mujeres trabajadoras, por la visibilización de las relaciones de poder entre géneros y la problematización de la experiencia (generizada) fabril y sindical.

Antes de comenzar, unas aclaraciones sobre el período del gobierno militar, el sector de actividad y la fábrica elegida desde la cuestión de género. Acerca del período podemos decir dos cosas, primero sobre los estudios de trabajo y género, y segundo sobre la participación de mujeres en la resistencia peronista. Según diferentes trabajos historiográficos, el primer punto se muestra muy poco abordado: Andrea Andújar señaló que las primeras décadas del siglo XX son las que concentran más trabajos sobre historia social y género, mientras que

* Licenciado en Ciencia Política y Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Investigador CEIL-CONICET y docente de la UNLaM. Correo electrónico: dawydario@hotmail.com

para el período peronista el género se aborda más desde la historia política y el panorama es menos alentador para el período post 1955 (Andújar, 2017). Otro trabajo sobre la segunda mitad del siglo XX muestra que las contribuciones sobre este tema arrancan en la segunda mitad de la década de 1960, no antes (Andújar y D'Antonio, 2020). El segundo punto apenas tiene mayores referencias, muy escasas en comparación con los estudios sobre la participación de mujeres durante los años peronistas (1945-1955). Para el período posterior al golpe de Estado de 1955 se suele destacar la detención de las legisladoras e integrantes del Partido Peronista Femenino, la participación en diversas acciones clandestinas de la resistencia, algunos liderazgos femeninos en los barrios. De acuerdo con Anabella Gorza, esto podría basarse “en la dificultad para encontrar en las fuentes registros sobre su actividad política, pero también en el hecho de que la bibliografía sobre el período ha girado sobre otros ejes de discusión [la relación entre militancia clandestina y la legal en los sindicatos, comandos y partidos políticos] que no han dejado margen para problematizar la participación femenina” (Gorza, 2014: 6). En una de las primeras menciones a esta cuestión se señaló que en la resistencia “las mujeres integraron células que tejieron verdaderas redes de comunicación para hacer conocer los mensajes de Perón, para movilizarse en fechas clave y para analizar desde el peronismo el acontecer político nacional” (Dos Santos, 1983: 80), pero debieron pasar muchos años para otro abordaje a este tema. Centurión analizó los roles de género en la resistencia y postuló a los años 1955-1959 como de transición hacia la formación de nuevos modelos de participación; así, encontró que “entre las imágenes sobre la participación de las mujeres en la Resistencia Peronista son más frecuentes las producidas por hombres, que califican la intervención femenina en términos de colaboración”, cuando de su estudio se desprende que estuvieron en todos los puestos de lucha e incluso en “posiciones de decisión”, no solo como “enlace”, “respaldo”, “acompañamiento”, “apoyo logístico”, de acciones “siempre planificadas y pensados por hombres” (Centurión, 2007: 244 a 246). Sobre la problemática propia de nuestro trabajo Centurión afirmó que “es evidente” que muchas mujeres acompañaron a sus esposos que cumplían algún liderazgo en el campo sindical, pero que si bien en el nivel de bases “es evidente que no mostraban una

actitud pasiva frente a los conflictos”, perduraba “la poca representación sindical a que accedían las mujeres” (Centurión, 2007: 259 y 257).

Sobre el sector de actividad elegido cabe señalar que en nuestro período (y en términos generales, desde la industrialización de los años 1930 y por casi medio siglo), el sector metalúrgico fue uno de los más relevantes en la industria argentina y de los más dinámicos, tanto en la producción para el mercado interno como cuando se buscó profundizar la industrialización a mediados de siglo XX. Ese mundo metalúrgico era “casi absolutamente mano de obra masculina”¹, pero dentro del sector metalúrgico, en el rubro “maquinarias y electricidad” (aparatos eléctricos en general, lámparas y otros de gran crecimiento durante la expansión del mercado interno desde los cuarenta) las mujeres “representaban alrededor del 35% del personal empleado entre 1935 y 1946” (Lobato, 2007: 55).

Philips Argentina, transnacional de gran importancia en la fabricación de artículos eléctricos, fue una de tantas empresas de ese rubro que empleaba una gran cantidad de mujeres. La empresa Philips & Co. fue fundada en Holanda en 1891 para fabricar lámparas incandescentes, luego válvulas y después decenas de artículos eléctricos. En 1923, tres importadores de lámparas de Argentina fundaron Philips SAECO (South America Export Company) como subsidiaria de Philips Holanda, para importar productos desde Europa. La crisis económica de 1929 conmovió a la empresa importadora, que se readaptó para fabricar localmente lo que no podía importar. En 1934 inauguraron una fábrica en el sur de la ciudad de Buenos Aires, la primera filial de la empresa holandesa fuera de Europa. Las radios que hacían en el país eran fabricadas principalmente por mujeres: la presencia femenina era mayoría en las secciones de lámparas incandescentes, lámparas a gas y válvulas de radio. La propia empresa señalaba en 1937 que ese tipo de trabajo “requiere especial cuidado” y “una

¹ En 1935 el porcentaje de obreras en el rubro “metales” era del 7% (sobre casi un 18% de mujeres trabajadoras en todo el país); en 1947 ese porcentaje aumentó al 10% (sobre un 20% de obreras). Sin embargo, si incluimos el rubro de máquinas y aparatos eléctricos, el porcentaje sube un 1,5% en 1935 y un 19.1% en 1947 (Lobato, 2007: 47 y 50).

vasta experiencia” (Philips, 1937). En 1945 concluyó una ampliación y mudanza a la zona norte de la ciudad de Buenos Aires. Durante la década siguiente la empresa no dejó de expandirse, fabricando gran cantidad y diversidad de productos para el creciente mercado interno. A comienzos de la década de 1950 Philips contaba con aproximadamente 4000 trabajadores, que se rotaban en tres turnos de ocho horas. Una década después era la primera en su rubro, sólo superada por empresas petroleras, automotrices, frigoríficas y tabacaleras, muy por encima de otras del sector (Standard Electric, General Electric, Siemens)².

Philips, como toda fábrica, no se limita a “producir bienes. Es una arena donde confrontan las imágenes construidas en la sociedad sobre los roles femeninos y masculinos, sobre el poder o sobre las identidades políticas” (Lobato, 2001: 192). En este trabajo buscaremos dar cuenta de esas imágenes durante la Revolución Libertadora, a partir de fuentes dispersas. La dificultad a la hora de disponer de fuentes es un problema común en investigaciones con perspectiva de género, en la medida en que la participación de la mujer aparece invisibilizada; los “hallazgos están en la revisión de fuentes escurridizas, tendientes a silenciar a las mujeres en la historia” (Lenguita, 2020: 212). Tomaremos el período del gobierno militar de la “Revolución Libertadora”, desde los bombardeos a la Plaza de Mayo al golpe de Estado y las intervenciones sindicales, pasando por la resistencia a la oleada represiva y antiobrera dentro de las fábricas, las demandas de igualdad laboral y la huelga metalúrgica de 1956, entre otras experiencias. Esto nos permitirá enlazar diferentes ejes para analizar aquellos tiempos represivos: la participación de las mujeres en las organizaciones sindicales, la generización de las calificaciones laborales, las demandas de género en el mundo sindical, la participación de mujeres en acciones reivindicativas.

² Un paneo más general de la presencia femenina en esta fábrica en Dawyd, Darío “Experiencia laboral y género en el mundo metalúrgico. Una aproximación a partir de la empresa Philips Argentina, 1930-1960” (en prensa).

ANTES DEL GOLPE DE ESTADO, LOS BOMBARDEOS

En junio de 1955 llegó a su punto más alto la tensión acumulada entre el gobierno del presidente Juan Perón y sus opositores. Estos, encabezados por la Iglesia, mostraron su descontento en la procesión (prohibida) del *Corpus Christi*, el día 8 de junio. Ocho días después lo volvieron a hacer, de una manera brutal, cuando aviones de la marina de guerra bombardearon la Casa de Gobierno para asesinar a Perón. Ese 16 de junio numerosos grupos de trabajadores fueron a la Plaza de Mayo en defensa de Perón y el gobierno, y circuló la versión de que la CGT distribuyó armas a los obreros dispuestos a pelear.

A partir del testimonio de un obrero de Philips sabemos que los trabajadores de la fábrica fueron a la Plaza de Mayo. Esa misma fuente nos permite señalar la posibilidad de participación diferente de una obrera, y los obreros de la fábrica:

“A la hora que empezó el bombardeo se escucharon las explosiones y veíamos las columnas de humo, todos nos reunimos y Vandor [delegado de Philips y futuro secretario de la seccional Capital de los metalúrgicos] nos invitó a subir a los camiones para ir a la plaza; mi hermana y mi primo también trabajaban en la fábrica, a ella la vino a buscar mi papá y se fue para mi casa, nosotros fuimos a la plaza, nos bajamos en Perú y Avenida de Mayo, lo primero que vi fue un camión antiaéreo, la plaza estaba llena de gente...” (Portugheis, 2015: 94).

Mientras que en este caso un padre fue a buscar a su hija para evitar que fuera a una Plaza de Mayo bombardeada (aunque el hijo varón y su primo sí podían exponerse a las bombas de la aviación naval), otras obreras de la fábrica pudieron ir a defender a Perón; sin embargo, “No llegamos a la plaza. Nos tiramos cuerpo a tierra a la altura del Cabildo [...] en especial porque había señoritas. Chicas de Philips que habían ido con nosotros a pelear” (Heredia, entrevista, 14 de diciembre 2018). Del testimonio surge la imagen de una trabajadora que no pudo ir a la Plaza de Mayo, y otras cuya presencia impidió avanzar más en la defensa. De igual forma, muchas mujeres lograron acercarse a la Plaza, a pesar del riesgo documentado en diferentes testimonios³.

³ “Yo nunca vi una gente así, una mujer con la bandera argentina gritando ‘¡Perón, Perón!’, y la empezaron a acribillar a balazos desde el Ministerio

Esta imagen de la participación femenina se reflejó días después del bombardeo en las elecciones en el sindicato UOM Capital Federal, seccional metalúrgica, que incluía a Philips y que desde la huelga del año anterior estaba acéfala. Esas elecciones muestran que la participación de las mujeres en el aparato del sindicato era escasa. Basándonos en la lista de precandidatos, de un total de 89 postulantes solo dos eran mujeres (María C. Domínguez, que alcanzó el puesto 10 y Nélica Soto, en el puesto 12). La comisión fiscalizadora excluyó a Domínguez de la votación siguiente por tener “una causa civil pendiente que no está debidamente aclarada”, mientras que Soto fue elegida para integrar la lista final de 26 candidatos, pero no llegó al puesto 13 en la votación, y quedó fuera de la nueva comisión directiva de la UOM Capital, que consagró a Augusto Vandor y Paulino Niembro (*UOM VII* (86-87), 1955)⁴.

RESISTENCIA A LA INTERVENCIÓN DEL SINDICATO. LA LUCHA POR LOS DELEGADOS DE FÁBRICA

A tres meses del bombardeo, en septiembre de 1955, un golpe de Estado derrocó al presidente Perón. Durante las primeras semanas del nuevo gobierno militar presidido por el general Lonardi hubo cierto cumplimiento de no dirigir un revanchismo feroz contra los obreros, pero tras su remoción en noviembre, y el ascenso del general Aramburu, se desató una escalada represiva contra el peronismo político y sindical. La respuesta que se generó desde las bases se conoció como “resistencia peronista”, luchas defensivas que reforzaron la identificación de los trabajadores con Perón y el peronismo (James, 1999: 90-97). Entre esas luchas estuvieron las que desde las fábricas resistieron las intervenciones de los sindicatos, y el desconocimiento de los delegados y delegadas de planta electos democráticamente.

La UOM fue intervenida y designaron al frente del sindicato a un militar, el capitán de fragata San Martín. Pero duró poco, porque a mediados de diciembre de 1955 asumió el general de brigada (re) Bartolomé Ernesto Gallo. En la empresa Philips los delegados electos

de Marina” (González, 1995: 242).

⁴ Soto aparece también como Zotto.

democráticamente fueron removidos el 20 de noviembre de 1955, reemplazados por nuevos delegados puestos a dedo y electos entre los más viejos de la fábrica. En esos mismos días comenzó la resistencia de los trabajadores y los legítimos delegados y delegadas, llevándose a cabo uno de los primeros movimientos de resistencia a las directivas de la nueva intervención. Desde el 30 de diciembre el personal se declaró en huelga contra el desconocimiento de los delegados electos por los trabajadores, y contra la pretensión de imponer delegados a dedo. Otras demandas que se juntaron en esas semanas fueron, además de la defensa de los delegados y el repudio de la intervención, un aumento salarial de emergencia y el doble aguinaldo que se cobraba en Philips desde unos años atrás. Esas demandas tampoco fueron satisfechas, pero su enumeración permite ver que recuperaban reclamos comunes a hombres y mujeres.

La huelga duró hasta el 5 de enero, cuando Gallo y la empresa decidieron reconocer las demandas obreras. Pero un día después, en la mañana del 6 de enero, fueron detenidos todos los integrantes de Comisión Interna democráticamente electa:

“La dirección Nacional de Seguridad, por intermedio de la Secretaría de Prensa de la Presidencia de la Nación, ha dado a conocer en las últimas horas de la víspera, la siguiente información, relativa a la sanción merecida por elementos perturbadores del orden público y la seguridad del trabajo: ‘En el ambiente metalúrgico, algunos dirigentes, secundados por elementos agresivos, se han distinguido por actos de violencia e intimidación. Hechos anteriores y otros recientes de esa naturaleza, han sido cometidos contra hombres y mujeres de trabajo, para imponerles la obediencia a consignas de perturbación. En defensa de la libertad y seguridad en el trabajo, a que tienen derecho la gente honrada y pacífica, el Poder Ejecutivo, sin perjuicio de las medidas que por razones análogas pueda adoptar en el futuro, ha dispuesto la detención de las siguientes personas, algunas de las cuales, de acuerdo con sus antecedentes, serán confinadas en el Sur: Atilio Cicarelli, Augusto Van Dor, Francisco Alberto Torres, Santos Antolín, José Saavedra, Rubén Maranti, Reynaldo Lanfranco, Sadic Rodríguez y Elida Curoni’” (*La Razón*, domingo 8 enero de 1956).

Todos los detenidos, “8 compañeros y una compañera” eran delegados de Philips, integrantes de la comisión interna de la fábrica; ade-

más, “la patronal, al mismo tiempo, les mandó telegramas de despedido” (*Lucha Obrera* (8), 25 de enero de 1956). La mujer apresada, Elida Curone, era una trabajadora de la sección válvulas, delegada desde 1952 (Gorbato, 1992: 61-62); detenida en aquella oportunidad: “fue una de las 7 mujeres confinadas al sur, detenida en la Correccional de Mujeres. Cuando gendarmería ocupó su fábrica, comentaron que arrebató la ametralladora a uno de los que la invadieron. Quiso gatillar pero el artefacto infernal tenía el seguro puesto” (Curone, s/d).

En solidaridad con los detenidos, los trabajadores de Philips decidieron paralizar las tareas hasta que los liberaran. El 10 de enero de 1956, con la fábrica parada, irrumpieron agentes policiales vestidos de civil; un día después, unos trescientos gendarmes armados ocuparon la fábrica y “amenazaron a los obreros parados para que reanudaran sus labores”; los gendarmes “se encarnizaron, especialmente, con las obreras, varias de las cuales se desmayaron por la impresión” e instalaron un “clima de terror” (*Lucha Obrera* (8), 25 de enero de 1956). Tres días después, el 13 de enero, los obreros y las obreras de Philips volvieron al trabajo con la promesa de la libertad de los detenidos y su reincorporación a la fábrica (*Lucha Obrera* (8), 25 de enero de 1956). La promesa no fue cumplida, y los detenidos fueron liberados recién casi cuatro meses después, cuando para celebrar el 1° de mayo Aramburu decidió liberar a doscientos cincuenta detenidos por razones sindicales: entre ellos, “Atilio Juan Cicarelli, Elida Curone, Rainaldo Lanfranco, Rubén Marranti, Sadic Rodríguez, José Saavedra, Augusto van Door” (*La Razón*, 30 de abril de 1956).

Además de la persecución a los trabajadores, el gobierno militar dispuso una serie de decretos para perseguir toda manifestación de peronismo. El más conocido fue el decreto 4161/56, sancionado a comienzos de marzo de 1956, por el cual se prohibieron las imágenes, símbolos y expresiones peronistas, con penas que iban de treinta días a seis años de prisión (no excarcelable) y multas económicas, entre otras. Uno de los primeros lugares donde se aplicó el 4161 fue Philips, cuando denunciaron el sabotaje de algunos trabajadores que tenían en la planta fotos de Perón: “con evidentes fines de propaganda se empleó el retrato y expresiones escritas alusivas al ex dictador”. El

hecho era grave porque la empresa era de las más importantes y con un plantel obrero muy numeroso, perturbaba la seguridad del país, y era “susceptible de provocar en espíritus incultos reacciones que entrañen una perturbación”, en momentos donde además se aproximaban elecciones de delegados sindicales (*La Razón*, 16 mayo de 1956).

Esas elecciones de delegados se programaron para junio; un volante de la lista Azul de Philips señalaba que desde unos meses atrás la patronal había avanzado contra los trabajadores aprovechando no tener la defensa de auténticos delegados (“60 despidos, cambio arbitrario de tarifas, amenazas [...] horarios arbitrarios que perjudican a ciertos sectores de empleados, etc, etc”), pero el llamado a elecciones de delegados era el momento de demostrar que estaban unidos y firmes. La lista Azul se afirmaba formada por compañeros sin tener en cuenta “credos e ideologías, pero sí COMPAÑEROS HONESTOS cuyo único norte significa, la LEGÍTIMA Y EFECTIVA DEFENSA DE LOS SAGRADOS INTERESES DE LOS TRABAJADORES”. Candidateaba cuarenta delegados, sólo siete de los cuales eran mujeres (Lista Azul, 1956). Las demandas de la Lista Azul, nuevamente, eran comunes a hombres y mujeres de la fábrica - al menos no se enuncian reclamos particulares de las trabajadoras: eliminar lo aprovechado por la patronal, normalización de la organización sindical, pago de cuatro horas semanales de asistencia por horario corrido, horarios adecuados, aumento de emergencia, reconquista del comedor, respeto de todas las ideologías, reintegro de todos los compañeros, estabilidad, que todas las secciones tengan auténticos representantes. Por esa enumeración es posible advertir que la empresa no había quitado la guardería de la fábrica, que funcionaba para que las obreras y obreros con hijos pudieran dejarlos ahí mientras hacían su trabajo.

LA HUELGA 1956 Y EL FINAL DE LA DIFERENCIA SALARIAL

Los delegados electos a mediados de 1956 son los que decidieron que los metalúrgicos irían a una nueva huelga, resuelta en noviembre de 1956 por el plenario nacional metalúrgico porque se había frustrado la negociación paritaria para modificar el convenio colectivo.

El gobierno militar había sancionado un decreto para que en paritarias solo se discutieran salarios y productividad. Eso trabó la

negociación metalúrgica y la de varios sindicatos, y proliferaron los conflictos. Los empresarios metalúrgicos accedieron a no discutir productividad y solo dar un aumento del 20% (los trabajadores pedían casi 90%), mientras que los obreros insistieron en discutir condiciones de trabajo y en pos de ello fueron a la huelga. Tras un mes de conflicto, el gobierno emitió un laudo que fijó aumentos salariales del 38% respecto del convenio anterior de 1954. Igualmente los obreros sostuvieron la huelga un tiempo más, demandando la reincorporación de despedidos y la libertad de los detenidos durante los días de huelga; el gobierno no aceptó y continuó con más represión, y acuerdos por empresa, que hicieron que poco a poco la huelga fuera perdiendo fuerza y se levantara los últimos días de diciembre de 1956.

Una delegada despedida de Philips, Juana Spinelli (una de las siete candidatas de la lista Azul citada antes) afirmó que por la huelga en Philips hubo 78 despedidos, muchos de ellos delegados y ex delegados. Además, afirmó que durante la huelga habían detenido a más de cien obreros de Philips: ella estuvo presa a disposición del Poder Ejecutivo desde el 28 de noviembre de 1956 hasta el 15 de enero de 1957, y once de esos días estuvo incomunicada. Philips despidió a todos los detenidos y sólo les ofreció pagar una indemnización menor a la que les correspondía (*Semana Obrera* (13), 30 de abril de 1957). Elida Curone, que había estado detenida entre enero y mayo de 1956 por la defensa de los delegados de Philips, fue nuevamente detenida en la huelga metalúrgica de finales de ese año⁵.

Podemos detenernos en dos cuestiones centrales de la huelga de 1956: la primera es la feroz represión militar que intentó frenarla; intimidaciones, allanamientos ilegales de domicilios de delegados fabriles denunciados por sus empresas, tanques del ejército que patrullaron barriadas obreras y zonas fabriles en Lanús, Avellaneda y San Martín, el desmantelamiento de los comités de huelga y la red de solidaridades que la sostenían. Aun así, en un boletín de huelga el plenario nacional de la UOM llamaba a mantener la solidaridad, para

⁵ Entre los detenidos de Philips estuvieron Ángel Cuarto, Juan Luis Calvo, Juana Spinelli, Elida Curone, Antolín Santos, Juan Carlos López, Roberto Rodríguez y varios más (*Unidad Obrera* (5), 31 de diciembre de 1956).

demostrar que “somos virilmente capaces de mantener una lucha”. La consigna era “RESISTIR EN LA LUCHA COMO HOMBRES ARGENTINOS QUE SIEMPRE HAN MARCADO EL RUMBO GREMIAL” (Boletín de huelga, Plenario Nacional de la UOM, 1956, 18 de diciembre). La metáfora aludía a relaciones de la organización de la lucha; según otro informe de una agrupación que apoyó a los huelguistas, las tareas se repartían así: el Partido Obrero Revolucionario (que había organizado una “comisión de ayuda a los presos”, “sin compromiso político”) proponía que “los presos deben inculcarles a sus novias, esposas y parientes la necesidad de organizarse en Comisiones que pidan la libertad de los presos” (Comisión de solidaridad del Partido Obrero Revolucionario, 1956). La actividad metalúrgica, abrumadoramente masculina, y la del sindicato UOM, con la misma característica, nos impidió encontrar mayores referencias a la participación de mujeres en esta huelga: así, aparecen reseñas claras de la virilidad y hombría de los huelguistas como grandes valores destacados por los trabajadores, y el lugar de la mujer, en el apoyo externo.

De todas maneras, esa participación de la mujer no era menor. En el caso específico de fábricas metalúrgicas con gran participación de mujeres seguramente ellas participaron de las huelgas, o pusieron en tensión su masculinidad. A pesar de la mayoría masculina, la huelga y las acciones conexas no tuvieron necesariamente que ser así. Al menos lo podemos suponer a partir de dos fuentes; una, referida a la huelga metalúrgica anterior, de 1954, describe que en Philips el personal de obreros y empleados habían formado un comité de huelga que sin embargo decidió “que no participaran las compañeras en las guardias de las puertas de las fábricas, desvirtuando de esta manera el carácter general del movimiento. No obstante, el espíritu de solidaridad de las compañeras se hace presente durante largas horas del día” (*Democracia Sindical* III (16), mayo de 1954). Según otra fuente, la autobiografía de Elma Voto (delegada comunista de la fábrica metalúrgica CATITA), , en la huelga metalúrgica posterior de 1959 “algunos fuimos buscados por la policía en nuestros domicilios”, “hacíamos piquetes para impedir la entrada de algún crumiro al trabajo”, “recibía los reproches de la madre de mi novio, porque no veía bien que una señorita, estuviera metida en semejantes cuestiones

[... y ...] otro tanto ocurría con mi madre” (Voto, 2012: 42). También otra obrera metalúrgica recordó su participación en la huelga de 1959, “con 45 días en la calle, enfrentados con la policía montada”, porque las mujeres durante la resistencia “estuvimos en las luchas, como siempre, pero peleando denodadamente el lugar” (Pastoriza, 2019).⁶

“A las mujeres se les encargaba sobre todo organizar la estadía para los compañeros clandestinos que llegaban, darles un sitio seguro, ser su cobertura, llevarlos de aquí para allá, organizar las charlas y reuniones secretas. Pero también participábamos, como obreras fabriles, en los quites de colaboración, en las huelgas de brazos caídos. Éramos muchas las que participaban de las movilizaciones y, en mi fábrica, las cinco que resguardábamos al resto veníamos del campo y usábamos la gomera” (Pastoriza, 2002).

Otra cuestión central de la huelga fue que el laudo que emitió el gobierno militar puso fin a la diferencia salarial entre hombres y mujeres en el mundo metalúrgico. La cuestión se remontaba a un par de décadas atrás, cuando en los años 1930 muchas empresas incorporaron máquinas con adelantos técnicos, que no requerían obreros especializados, permitiendo la contratación de mujeres y niños por menores salarios. Así, en la huelga metalúrgica de 1942 una de las demandas del sindicato metalúrgico (en ese entonces SOIM) fue “respecto de las mujeres, sostenemos el principio de que deben percibir la misma retribución que los hombres si realizan las mismas tareas” (Gurvánov y Rodríguez, 2007: 6). La demanda de equiparación salarial se repitió en la huelga de 1954, y volvió en la que estamos analizando, en 1956. Y precisamente en 1956 fue otorgado el derecho a igual salario, producto de la actualización del convenio.

⁶ En palabras de uno de los referentes de la resistencia peronista: “Y estuvieron las mujeres [en la Resistencia]. Las mujeres eran la base de la organización de retaguardia, las que daban la cara, salían a la calle. Aparecían como familiares, como novias de presos, como abogadas. Sin preparación previa, la mayoría surgió espontáneamente. Salían del aire, de los adoquines, no sé, aparecen y son maravillosas, extraordinarias. Han hecho cosas increíbles, novelescas, con una dedicación única” César Marcos, entrevista de Francisco Urioste, 1972, citado en Pastoriza, 1988: 79.

En virtud de que no hubo acuerdo paritario, el gobierno emitió el laudo, adaptado a la nueva normativa de la dictadura. Así, en el convenio “actualizado” se incluyeron una serie de notas aclaratorias que obligaban a reinterpretarlo a partir de los decretos del gobierno militar. Esas notas aclaratorias fueron catorce, cuatro netamente antiobreras (a tono con las demandas empresariales: impedimento de agremiación conjunta de obreros y supervisores, reconocimiento de delegados y sus sanciones, desplazamiento de mano de obra para lograr mayor productividad, promociones y horas extras) y una única medida progresista, que cumplía una larga demanda de los metalúrgicos, previa a los años peronistas: tras el artículo 7° que establecía el 90% del salario para las mujeres, una nota: “esta disposición ha sido anulada por lo establecido en el artículo 5° del Decreto 4.069/56”, equiparando los salarios de hombres y mujeres.

Ese decreto 4069 (del 1° de marzo de 1956) reglamentaba al crucial decreto 2739/56, en el que la dictadura descargó su normativa antiobrera para debilitar a los delegados de fábrica y las comisiones internas, implantar la productividad, prorrogar todos los convenios salariales y la única medida progresista de establecer como norma para los futuros convenios la equiparación de salarios de hombres y mujeres. Según el decreto, donde la diferencia salarial fuera de hasta el 10% (como en el convenio metalúrgico) los salarios se igualarían; si la diferencia era mayor, el salario femenino se aumentaría el 50% de esa diferencia. La dictadura afirmaba: “se incorpora así a la legislación social argentina una de las disposiciones más avanzadas de esta materia. La Conferencia Internacional del Trabajo de Ginebra, de 1951, a la que concurrió la Argentina, recomendó la equiparación. El gobierno depuesto ni la ratificó ni la puso jamás en práctica”⁷. Esta normativa de igualdad salarial fue recuperada definitivamente cuando se negoció un nuevo convenio en 1960 (con la UOM normalizada, bajo la dirección de Augusto Vandor), en el que la discriminación salarial no aparece más en el propio articulado (Dawyd, en prensa).

⁷ Decreto-Ley 2739, 17 de febrero de 1956. La reglamentación del decreto 4069/56, entre otras cosas, establecía que cuando se equipararan los salarios masculinos y femeninos a partir de esa fecha, debían sumarse a los femeninos también el aumento general de salarios del 10% que el propio decreto 2739/56 había establecido antes para todo el país.

"TRABAJOS MONÓTONOS" Y "COSITAS, PUNTITOS": LA DESCALIFICACIÓN DEL TRABAJO FEMENINO

Durante 1957 se llevó a cabo el Congreso Normalizador de la Confederación General del Trabajo para terminar con la intervención que afectaba a la central sindical argentina desde la asunción de Aramburu. Sin embargo, la disputa entre los delegados peronistas (mayoritarios) y los afines al gobierno militar impidió que el congreso sesionara normalmente; el fracaso de la normalización le negó al gobierno militar concretar su aspiración de una CGT afín, aunque impidió también una CGT opositora, dividiendo finalmente al movimiento obrero. La distribución de mujeres y varones entre los delegados en el congreso no escapó de algunas críticas, porque reflejaba en la máxima institución del sindicalismo argentino la escasa presencia femenina en los cuadros. Eso mismo fue señalado por un novel "Movimiento Integral Femenino" (MIF), que emitió una declaración notando la escasa representación femenina (solo 38 de 669 congresales), y que además muchos gremios con gran cantidad de obreras no habían llevado ni una sola delegada (ni entre las 38, ni entre los gremios criticados figuran metalúrgicos). Esto solo confirmaba los principios de MIF de luchar contra la realidad que marcaba que "la mujer, operaria del espíritu o del músculo, no ha sido, en nuestro país, sino un apéndice del hombre [...] los mismos compañeros que la exaltan como valor de lucha, la excluyen sistemáticamente de los puestos de mando"; "Pregunta MIF: ¿No es un clamor de estricta justicia este grito: ¡La mujer al poder!" (*Mayoría* (23), 9 de septiembre de 1957).

Además del conflicto entre las corrientes sindicales que impidió la normalización de la CGT, el ámbito laboral también estaba sacudido por huelgas. En ese escenario, en el que la dictadura no podía cumplir sus objetivos de desperonización sindical, el vicepresidente de facto, contraalmirante Isaac Rojas, realizó una gira por distintas fábricas. Según presidencia, el objetivo era tomar contacto con obreros reales y repetirles la preocupación fundamental del gobierno: aumentar la productividad. La primera visita de Rojas fue a Philips, en septiembre de 1957: allí, en diálogo con los directivos se abordaron estos problemas. Al directorio de la empresa Rojas le preguntó por la producción de la fábrica, la provisión de energía, los permisos de im-

portaciones, la productividad y su relación con salarios y premios, e insistió en preguntar si podía aumentarse la productividad “¿con un mayor trabajo del obrero?”. Rojas también dialogó con obreros y delegados de la comisión interna: les afirmó que no habría aumentos de sueldos si no había mayor producción y que no podría esperarse otra cosa en el corto plazo. También visitó la escuela que poseía la fábrica, “conversando con los alumnos y revisando sus cuadernos” y “la guardería del establecimiento donde se cuida a los hijos del personal durante las horas de labor”, y dialogó “con varias empleadas de una de las secciones de la casa” (*La Razón*, 25 de septiembre de 1957). Cabe detenernos en uno de los diálogos de Rojas con los directivos de la empresa, a quienes preguntó:

Contraalmirante Rojas “¿Tienen empleadas mujeres como operarias?”

Le Clerq (presidente del directorio de Philips) “sí”

Rojas: “¿Quiénes son mejores para un mismo trabajo?”

Le Clerq: “No podemos ser descorteses”.

Granada (Director de FAPESA): “Es difícil generalizar. Las mujeres son mejores para trabajos monótonos. A los hombres les gusta hacer un trabajo durante un tiempo y después cambiar”

Rojas: “Son muy conservadoras las mujeres” (Rojas, 1957: 10)

Raymundo Heredia, obrero y capataz en Philips en 1955, que dirigió una línea de producción de veinte y otra de cuarenta trabajadoras, afirmó en un sentido similar que

“parte de Philips eminentemente eran cosas delicadas, cositas, puntitos. Un hombre es más tosco para un montón de cosas. Él puede agarrar una leiva (sic), pero para poner un cablecito con una pincita en un agujerito y pegarle el golpe de soldadura, no. Además, la soldadura automática, ella ponía el cablecito y tac, tac” (R. Heredia, entrevista, Ezeiza, 14 de diciembre de 2018).

La respuesta de los directivos de Philips a Rojas, y la reflexión de Heredia sobre el trabajo femenino nos permiten pensar, para el caso Philips en particular y para el rubro de aparatos eléctricos en general, en el marco de la división entre trabajos calificados y no calificados, atendiendo al género de los trabajadores y trabajadoras. En este sentido, podemos tener presente la conclusión de un estudio que señaló que la identificación del trabajo femenino como no

calificado se debe menos a la actividad laboral en sí misma, la formación o habilidad que requiere, que al sexo de quien hace el trabajo⁸. Una calificación que históricamente variaba según el género y “no era puramente técnica, sino que se basaba en un sistema de valoraciones aplicado de manera desigual de acuerdo al sexo del trabajador” (Lobato, 2007, p. 87-88).

CONCLUSIONES

En primer lugar cabe reconocer que con las escasas fuentes disponibles, o los límites de la mirada que privilegiamos, algunas cuestiones quedaron sin abordaje y serán temas para profundizar a partir de una mayor indagación empírica: las condiciones de trabajo dentro de la fábrica (salubridad, higiene, seguridad laboral, capacitación para las diferentes tareas, presiones sexuales, abusos), el doble trabajo en la fábrica y el hogar (central según Centurión para comprender la poca participación de las mujeres en cargos sindicales), la articulación entre la actividad fabril con otras redes de socialización durante la resistencia (barriales, clandestinas u otras, aun considerando que los espacios fabriles y otras militancias eran esferas diferenciadas), la relación entre género e identidades político-sindicales en el mundo metalúrgico, la construcción masculinizada de los liderazgos sindicales.

De igual forma, lo que pudimos relevar permitió un primer recorrido a partir de este caso para incluir a mujeres de una fábrica metalúrgica, y a la cuestión de género, en los relatos de la resistencia peronista desde espacios fabriles. Siguiendo a Joan Scott, podemos decir que esos relatos consideran a los trabajadores como “una categoría universal aun cuando fuera una construcción masculina” (2008: 90), y cuando abordaron a las mujeres fueron más hacia las redes políticas y militantes que hacia el mundo fabril.

⁸ Esas conclusiones son del trabajo de Phillips y Taylor (1980), que también señala que la división “calificado” y “no calificado” debería pensarse más en relación con la lucha de los trabajadores por mantener la autoridad doméstica y la jerarquía sexual del patriarcado en la fábrica, y enmarcan esta descalificación del trabajo femenino en el proceso capitalista de rutinización y deshumanización del trabajo en general.

Este recorrido nos permitió atravesar algunas problemáticas relevantes en los estudios de trabajo y género y para nuestro período. Así, vimos muestras de activismo femenino y la movilización de mujeres que buscaron pelear y pelearon a la par de los varones por sus salarios y sus derechos laborales, en las acciones de protesta, en los piquetes de fábrica, contra las fuerzas represivas, o articulando desde afuera la solidaridad con los compañeros detenidos.

En primer lugar, pudimos tratar la cuestión de la equiparación del salario entre hombres y mujeres, que databa de décadas pasadas, y se había repetido en las huelgas de los años 1950. En segundo lugar, pudimos reconstruir situaciones que referían a la participación de mujeres en acciones en las que había violencia y buscaran pelear a la par de los hombres (los piquetes de huelga en la puerta de la fábrica, la posibilidad o no de ir a la Plaza de Mayo a poner el cuerpo en defensa del presidente Perón, la detención de delegadas durante las huelgas, la represión al interior de la fábrica con las mujeres como víctimas predilectas) y lo conseguían en algunos casos, aunque en otros la diferencia de género se hacía presente fuertemente. Un tercer tema relevante fue la calificación de las obreras y la división de género en la fábrica: puestos ocupados por mujeres que requerían precisión y experiencia (según la descripción que la propia fábrica hizo de su trabajo), pero que discursivamente se descalificaban como monótonos y repetitivos. Abordamos esta cuestión mediante una identificación del trabajo femenino como no calificado sólo por ser realizado por mujeres, y al mismo tiempo pensando que reaseguraba la identidad de los trabajos calificados como aquellos hechos por los hombres. Finalmente, una última cuestión central, el difícil camino de la participación sindical, la poca representatividad en ese ámbito y las dificultades para acceder a puestos de conducción (situación que se daba incluso en actividades y sindicatos con mayor presencia femenina).

Los escasos lugares para las mujeres en la dirección sindical fueron analizados por Scott en términos del “universal masculino” y su resultado “casi inevitable”: “que los hombres fueran los representantes de la clase trabajadora” (2008: 90); podemos sumar, en relación con la identificación del trabajo femenino como no calificado (y el reaseguro

de la identidad de los trabajos calificados como aquellos desempeñados por varones) que entonces los hombres serían los únicos capaces de representar al colectivo obrero organizado.

En el caso de Philips encontramos mujeres delegadas, incluso en su comisión interna, integradas hasta ese punto en la vida gremial, pero cuya participación más allá de la fábrica se veía cercenada; su presencia desaparecía entre la elección de delegadas en la fábrica y la de la dirigencia en el sindicato, mostrando un alejamiento de la realización de carreras sindicales, marcando esa dificultad para romper el techo de ser más que delegadas, mostrando su ausencia en la dirección de la UOM, terreno masculino.

Para concluir, podemos preguntarnos si el relato de la resistencia cambia por la inclusión de esa problemática, si la visibilización de las relaciones de poder entre géneros ayuda a mostrar con más complejidad la experiencia fabril, sindical, y de resistencia a la dictadura. En primer lugar, podemos señalar que la descalificación del trabajo femenino y el techo a la participación en cargos directivos en el mundo sindical no son problemáticas novedosas propias del período aquí tratado. Incluso la participación activa de las mujeres en conflictos en un período más amplio, nos permite leerlo en su contexto histórico: Lobato (2001: 192-195 y 2007: 141-142) muestra que las obreras jóvenes y solteras se plegaban más a las protestas en comparación con otras mujeres (de quienes dependía el ingreso familiar), y que en general las trabajadoras participaban en huelgas poniendo en tensión ese espacio de lucha considerado masculino.

Allí hay una cuestión que mantiene los roles desempeñados por las mujeres en la resistencia en relación con el período previo, y que se sostendrá en las décadas siguientes. En este sentido, acordamos con las conclusiones de Centurión sobre las mujeres en roles activos durante los conflictos, pero poco representadas en los cargos sindicales citadas anteriormente; sin embargo, no podemos decir que el período 1955-1959 pueda considerarse “de transición hacia la formación de otros modelos” de participación militante de las mujeres (Centurión, 2007: 241), al menos para el caso analizado aquí de las trabajadoras metalúrgicas.

Sin embargo, es en la cuestión de la defensa contra el avance de la dictadura en el ámbito laboral en donde parece emerger una conclusión que debería profundizarse con más casos, en la línea de una resistencia que no puede concebirse de otra forma que hecha por hombres y mujeres a la par. Una participación que no era nueva, pero debió ser profundizada por la ampliación de la acción represiva, antisindical y antilaboral de la dictadura: cuando la represión arreciaba y los riesgos también, las mujeres participaron poniendo el cuerpo en ese tiempo de rebeldías. En los años siguientes, cuando comenzó un proceso de institucionalización político y sindical en el que el peronismo pudo incluirse, los espacios de participación de las mujeres metalúrgicas continuaron siendo en las acciones de protesta, porque primó el carácter conservador de los roles de género, siguieron encontrando su techo sindical en el rol de delegadas, y la dirigencia sindical conservó su construcción masculina.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Andújar, A. (2017) Historia social del trabajo y género en la Argentina del siglo XX: balance y perspectivas, *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"* (8). Disponible en: <https://refa.org.ar/file.php?tipo=Contenido&id=172>
- Andújar, A. y D'Antonio, D. (2020) 'Chicas como tú'... Género, clase y trabajo en la Argentina reciente: un balance desde la historia social, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, VIII, (16).
- Centurión, A.J. (2007) "Las mujeres en la resistencia peronista. Sentidos y Representaciones", en Bravo, María Celia, Gil Lozano, Fernanda y Pita, Valeria Silvina (comp.). *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*. San Miguel de Tucumán: Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán.
- Comisión de solidaridad del Partido Obrero Revolucionario (1956), *Informe de la situación del gremio y del conflicto*. Disponible en: <http://www.fundacionpluma.info>.
- Curone, M.E. (s/f) *Al servicio de la causa*, s/d, recuperado de. Disponible en: <https://www.alserviciodelacausa.com/libros>

- Dawyd, D. (en prensa), “Experiencia laboral y género en el mundo metalúrgico. Una aproximación a partir de la empresa Philips Argentina, 1930-1960”.
- Dos Santos, E. (1983) *Las mujeres peronistas*, Buenos Aires: CEAL.
- González, E. (coord.) (1995) *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Del GOM a la Federación Bonaerense del PSRN (1943-1955)*, Buenos Aires: Antídoto.
- Gorbato, V. (1992) *Vandor o Perón*, Buenos Aires: Tiempo de Ideas.
- Gorza, A. (2014) “Participación política de las mujeres en la Resistencia peronista; entre la permanencia y el cambio (1955-1962)”, en *VIII Jornadas de Sociología de la UNLP*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.
- Gurvanov, A.I. y Rodríguez, S.J. (2007) La huelga metalúrgica de 1942 y la crisis de la dirigencia comunista en los orígenes del peronismo, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico* (4).
- James, D. (1999), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976)*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Lenguita, P. (2020) Rebelión de las obreras en el Tercer Peronismo, *Revista de Estudios Marítimos y Sociales* 13 (16).
- Lista Azul (1956), “Elección de delegados”. Disponible en: <http://www.fundacionpluma.info>
- Lobato, M.Z. (2001) *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires: Prometeo.
- Lobato, M.Z. (2007) *Historia de las trabajadoras en Argentina: 1869-1960*, Buenos Aires: Edhasa.
- Pastoriza, L. (1988), César Marcos, atizador de fuegos, *Crisis* (59).
- Pastoriza, L. (2002, 8 de marzo), “La lucha como firma”, *Las 12, Página 12*, Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-109-2002-03-08.html>.
- Philips (1937) *Su visita a la fábrica Philips Argentina*, Buenos Aires, s/e.
- Phillips, A- y Taylor, B. (1980), Sex and Skill: Notes towards a Feminist Economics, *Feminist Review* (6).
- Plenario Nacional de la UOM (1956, 18 de diciembre), *Boletín de Huelga*, Disponible en: <http://www.fundacionpluma.info>

Portugheis, R.E. (coord.) (2015) *Bombardeo del 16 de junio de 1955*, CABA, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación - Secretaría de Derechos Humanos - Archivo Nacional de la Memoria.

Rojas, I. (1957) *Palabras pronunciadas por el vicepresidente provisional de la nación en su visita a los establecimientos Philips Argentina, efectuada el día 25 de diciembre de 1957*, Buenos Aires: Secretaría de Prensa de la Presidencia de la Nación.

Scott, J.W. (2008), *Género e historia*, México: FCE-UAM.

Voto, E.H. (2012) *La Historia que no me contaron*, Buenos Aires: El Alba Editores.